

Bx 2215

.A1

B8

V.6

ES PROPIEDAD

ENCICLOPEDIA DE LA EUCHARISTÍA

PARTE IV

ORATORIO-ASCÉTICO-MÍSTICA DE LA EUCHARISTÍA

TRATADO V BELLEZAS DE LA SANTA EUCHARISTÍA

MINISTERIOS QUE DESEMPEÑA JESUCRISTO
SACRAMENTADO

Nihil enim efficacius videtur Nobis... catholicorum animis excitandis tum ad fidem strenue profitendam tum ad virtutes christiano nomine dignas excedendas, quam ut alantur et acuantur studia populi in admirabile illud amore Pignus quod pacis vinculum est atque unitatis.

LEO PP. XIII.

Nada juzgamos más eficaz para estimular los ánimos de los católicos, ya á la confesión valerosa de la fe, ya á la práctica de las virtudes dignas del cristiano, que el fomentar é ilustrar la devoción del pueblo á aquella inefable Prenda de amor (la Eucaristía) que es vínculo de paz y de caridad.

LEÓN XIII,

en el Breve, que declara á S. Pascual Bailón patrón de las Asociaciones eucarísticas.

INTRODUCCIÓN

Manifestar hasta la convicción las inmarcesibles glorias del excelso misterio de la Eucaristía; los amorosos oficios que desempeña Jesucristo en el Sacramento del Altar; la insuperable caridad que el mismo Salvador nos profesa en este Prodigio eucarístico; su inefable hermosura sacramental, en una palabra: es el triplicado objeto que me he propuesto en este humilde Tratado. Las Sagradas Escrituras, los Santos Padres y Doctores católicos, la Historia

008984

eclesiástica en sus variadas manifestaciones, las prácticas de los siervos de Dios amantes de la Eucaristía, y la razón cristiana serán las fuentes á la par que las autoridades de que me valgo para ornar la composición. La primera sección se ocupa de varios discursos eucarísticos de actualidad, en los cuales presento á Jesucristo Sacramentado como belleza sin igual y como remedio universal de las necesidades apremiantes de los tiempos presentes. La sección segunda, que se ocupa de las excelencias y oficios de la Santa Eucaristía, considerada como Sacramento, Sacrificio y Viático, á la par que está presentada en forma de sencillos discursos ó pláticas, sirve de espiritual lectura á todo católico, amante de Jesucristo; por manera que la parte oratoria y ascética, artísticamente combinadas, presentan uno é idéntico aspecto. Al fin de cada capítulo de la II y III sección, inserto un ejemplo edificante como prueba práctica de la doctrina precedente, á fin de que el lector se mueva á la sólida devoción de Jesucristo en el más bello de sus misterios. No sé si habré conseguido mi objeto.



SECCIÓN I

LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA
COMO LA OBRA DIVINA POR ANTONOMASIA

Discursos de actualidad.

DISCURSO I

*La fe de la adorable Eucaristía es una fe
eminentemente racional.*

Qui credit in Filium Dei habet testimonium Dei in se.

I Joan. V, 10.

El que cree en el Hijo de Dios posee el testimonio de Dios en sí mismo.

1. La bella flor que exhala rico aroma para embalsamar el ambiente; el verde árbol del cual arracimados y exquisitos frutos cuelgan para fortalecer al hombre; el arroyo jugueteón que, deslizándose mansamente sobre blandos lechos de fina arena, sigue el curso de su destino; el útil irracional que satisface plenamente las necesidades y conveniencias de la vida; el alto monte sembrado de olorosas y medicinales plantas, cruzado de frescos manantiales y entretejido de resinosos arbustos; el suave céfiro que inunda los pulmones de exuberante vida, y el pintado pajarillo que revolotea en todas direcciones llenando el anchuroso espacio de arrobadoras melodías, besan alegres la Mano Omnipotente y publican acordes sus grandes maravillas.

Elevando al firmamento nuestra corta mirada, salta de pronto á la vista la hermosa confesión que aquellas lindas creaciones pregonan del Altísimo. Es el foco solar el que, esparciendo liberalmente sus inmensos rayos sobre los planetas, exclama al bañarlos con sus doradas luces: *Creo*. Es la majestuosa luna la que, marchando triunfalmente en su carrera, como reina vestida de brillante plata, nos dice al contemplarla: *Creo*. Son las rutilantes estrellas las que, engastadas por admirable modo en el azulado manto sidéreo, prorrumpen al ocultarse por la mañana: *Creo*. Es el claro día con su tranquilidad apacible, con sus cambiantes de luz, con sus alegres notas el que, después de haber cantado placentero las glorias del Eterno, al entregarse rendido en brazos del crepúsculo, añade: *Creo*. Es la imponente noche la que sustituye al día en sus himnos de alabanza al Criador, que, llena de severos encantos, y velando el sueño á los mortales, camina murmurando: *Creo*. Es el formidable rayo el que, mensajero de rigurosas órdenes, cruza furioso el espacio dejando en pos de sí una como visible estela que dice: *Creo*. Es la detonación inmensa que le acompaña y le sigue, la que en las alturas se traduce como manifestación espléndida y ruidosa de los prodigios del Eterno, y que así se expresa: *Creo*. Es el violento huracán el que, llevando el terror y la desolación, deja impreso hondamente por donde corre un lema en que se lee: *Creo*. Es... ¡ah! son todas las obras de las alturas las que á grandes y armonizadas voces declaran sin cesar los misterios obrados por el Excelso, que por algo había cantado el vate coronado: «Los cielos reseñan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos» (1). Y juntamente con las creaciones de las alturas, son todas las creaciones del universo las que con estupefacción sensible publican los arcanos del Altísimo.

2. Sólo el hombre ¿ha de reusar publicarlas? Sólo el hombre, en el que se resumen graciosamente los prodigios de la creación, y sobre la que posee una inteligencia sufi-

(1) Ps. XVIII, 1.

ciente para conocer y admirar al Creador, ¿se ha de negar á confesar las maravillas de su Dios? Voces amargas de la incredulidad contemporánea, de la que forma parte el mayor número de los hombres civilizados, ó que así se llaman, han llegado á aturdir horriblemente los sanos oídos de muchos de los creyentes. En nombre de la razón, en nombre de la ciencia, en nombre de la crítica, dicen, es preciso no dar ya más crédito á la Fe cristiana. Es una invención que la razón desaprueba, es un absurdo que la ciencia desvanece, es una locura que la crítica ha conseguido borrar del mundo civilizado, añaden. Pero también es preciso citar á juicio á esa falsa razón para hacerla ver que los Misterios del Catolicismo no son invención quimérica, sino verdades fundamentales; es indispensable emplazar á esa dolosa ciencia para demostrarla que nuestros Misterios no son absurdo evidente, sino dogmas conformes en un todo con la sana razón á la que ilustran; es necesario mandar comparecer á esa falaz crítica para presentar ante sus vendados ojos que los Sacramentos de nuestra Fe, y muy en especial el de la Santa Eucaristía, centro de los demás, no son insensata locura, sino realidades las más naturales y sencillas, atendido el sumo poder de Dios y las apremiantes necesidades del hombre.

Que así sea lo demostraré en el presente discurso, probando que—*La fe de la adorable Eucaristía es una fe eminentemente racional; y cuan lejos se hallan de la sana razón, de la verdadera ciencia y de la crítica sensata aquellos desdichados que opinan en sentido contrario.*— Con el desarrollo de esta proposición, de vital interés, habré conseguido realzar en todo su colorido el texto que me ha servido de encabezamiento á la presente oración; á saber: que el que cree en el Hijo de Dios posee el testimonio de Dios, ó la verdad en sí mismo.

Texto *ut supra*.

3. La Eucaristía es un misterio. Pero, ¿qué es misterio? Hablando en general, es una realidad inaccesible á nuestra

razón y que en alguna manera se descubre por uno ó algunos de sus efectos. Refiriéndonos, empero, á los dogmas del Catolicismo: misterio es una realidad inaccesible á la razón humana, pero revelada por Dios; por más que en algún modo se descubra también en sus efectos. No olvidemos estas sencillas definiciones, las cuales nos servirán de sólida base para desenvolvernos en el campo de las operaciones que intentamos ejecutar. Según ellas, á la manera que en el orden sobrenatural ó de la gracia, hay también misterios en el orden natural ó físico. Mas dentro de este admirable orden hay misterios que podemos llamar *absolutos*, ó ignorados enteramente de la ciencia, y misterios *relativos*, en cuanto que son accesibles, aunque imperfectamente, á los sabios; misterios en la metafísica y en la física, en las ciencias exactas y en el organismo humano, en el suelo y en la atmósfera, en todas partes hallamos misterios más ó menos profundos, más ó menos extensos, á los que la ciencia, por vana y presuntuosa que sea, no ha podido todavía, ni podrá en lo sucesivo, arrancar á muchos de los mismos el vendaje que los cubre. ¿Que no? Un poco de examen será suficiente para convenceros de este fenómeno.

1. La psicología, esa ciencia tan zarandeada por muchos presumidos filósofos que fantasearon haber resuelto satisfactoriamente sus intrincados problemas, ¿qué es lo que nos dice sobre el particular? ¿Cómo el alma, siendo puro espíritu, grita amargamente ante la sensación del dolor y se estremecede de gozo al contacto del placer? ¿Por qué la inteligencia, la memoria y hasta la voluntad se atrofian como pudiera atrofiarse un órgano del cuerpo? Diréis que todo esto es debido á las relaciones íntimas del espíritu con la materia; mas, yo á mi vez os preguntaré: ¿Cómo puede haber trabazón fuerte, unión perfecta entre dos substancias, tan heterogéneas y hasta opuestas entre sí, como éstas? ¿Cuáles y cuántas son las relaciones de que gozan? ¿Hasta dónde se extienden? ¿Cuáles son sus fenómenos íntimos? Misterios y nada más que misterios.

Apoyaos en la física, por medio de la cual se intenta hoy en

vano descifrar hasta los fenómenos más sublimes del orden metafísico ¿Qué es lo que dice del calor y de la luz? Hasta hace poco los explicaba por el sistema de la *emisión*, según el cual, estos agentes son unas substancias imponderables, lanzadas por los cuerpos calientes ó luminosos con velocidad extraordinaria, y compuestas de partículas tenuísimas que marchan á distancias suficientemente grandes para no entorpecer sus movimientos respectivos; mas al tropezar con la grave dificultad de que, reunidas en un solo punto muchas moléculas de calor ó de luz, producirían enormes efectos mecánicos, lo cual jamás ha podido comprobarse, aspira á declararlos por la teoría de las *ondulaciones*, según la cual, el calor y la luz no son substancias sino movimientos vibratorios que se transmiten de los cuerpos calientes ó luminosos á todos los que les rodean; mas también ocurren en esta hipótesis no menos graves dificultades, como es el poder explicar la transmisión del movimiento vibratorio por los espacios planetarios, aunque para desvanecerla se admita el éter llenando los espacios vacíos. De manera que ni por medio de un sistema ni por medio del opuesto se solucionan los inconvenientes. Es que el calor y la luz son misterios.

¿Qué es el magnetismo? Es una simple manifestación de las corrientes eléctricas, ó se explica por la hipótesis de los flúidos magnéticos? Al fin la misma ciencia confiesa desconocer por completo la naturaleza del agente de los fenómenos magnéticos. El magnetismo es un misterio.

¿Qué es la electricidad? Una substancia muy sutil dotada de la propiedad de esparcirse velozmente por ciertos cuerpos. Pero, ¿cuál es la naturaleza de esta substancia? ¿Por qué no se esparce por igual en todos los cuerpos? Esto no lo explica porque no lo puede explicar la física. La electricidad es un misterio.

¿Qué es el tiempo? ¿Es el cambio de las criaturas, la revolución de las estaciones, ó la medida de la duración? San Agustín se proponía estas dudas en el siglo V, y aun no han podido ser aclaradas en el XX por los sabios. ¡Ah! es que el tiempo es un misterio.

¿Qué es la materia? ¿Cuántos son los cuerpos simples? Nadie ha sabido dar una definición exacta de aquélla, y en cuanto á éstos cada época descubre uno ó más. Y después se habla con mucho énfasis de las propiedades de la materia, de sus leyes, de su fuerza, cuando se ignora en qué consiste su naturaleza. Todo, menos confesar que es un misterio.

De la física pasad á las matemáticas, á esas ciencias llamadas con propiedad exactas, pero oscuras en el fondo, ya que adoptan por punto de partida principios realmente indefinibles.

Aritmética es la ciencia de los números. Y ¿qué es número? Algebra es la ciencia que considera la cantidad discreta, ó continua, del modo más general que puede considerarse. Y ¿qué es cantidad? Geometría es la ciencia de la extensión. Y ¿qué es extensión? Número, cantidad, extensión: tres misterios del orden matemático. ¿Acaso el plano, la línea, la superficie y la figura no son principios convencionales que en realidad no existen en la naturaleza, pero que la ciencia adopta racionalmente para resolver sus fundamentales teoremas? Luego esas ciencias son verdaderamente un misterio.

Estudiad el organismo humano y nunca acabaréis de salir del arcano. ¿No son misterios la digestión y la propagación humana? ¿No es un gran misterio que dos organismos de igual complexión, temperamento, edad, estatura, profesión, estado, ejercicio y alimentación, enferme gravemente el uno mientras que el otro subsista robusto; y que dos organismos enfermos, de iguales circunstancias que los anteriores, sane el uno con la aplicación de cierto medicamento mientras que el otro, usando idéntico específico, nada adelante en la salud ó quizá empeore? El diagnóstico del médico, aún el más eminente ¿no está envuelto siempre en las sombras del misterio? La muerte prematura en robusto mozo, ¿no es un hondo arcano?

Mas, ¿dónde no hallaremos profundos secretos? ¿En el suelo? ¿En la atmósfera? Preguntad á un naturalista, por qué

el grano que se desliza y hunde en la tierra germina y se desarrolla, mientras que el que está depositado en el granero, se apolilla antes que entra en las vías de la germinación? y os responderá, porque algo os ha de responder, que allí se desarrolla porque el suelo está dispuesto para semejante efecto, mientras que aquí no tiene lugar ese admirable fenómeno por la razón opuesta; y yo añado que éstas no son más que palabras que nada explican; realmente esa operación es un misterio. Preguntad á un meteorólogo sobre la constitución molecular de las nubes y os responderá que son un agregado de millones de vesículas llenas y rodeadas de aire saturado de vapor; al paso que otro profesor añadirá que son unas gotitas líquidas, sumamente tenues, flotantes como el menudo polvo en un aire cargado del vapor mismo; pero he ahí que ambas hipótesis dejan sin explicar la suspensión de las nubes en el aire; al fin nada resuelve la ciencia, para la que ese asunto es un arcano impenetrable.

Ved aquí, pues, bosquejados unos cuantos misterios existentes, tomados al azar de los varios órdenes de la naturaleza, cuya respectiva ciencia no ha podido todavía descubrir. Y si es cierto que la ciencia progresa y que con el tiempo algunos de los dichos misterios podrán serle penetrables, mas su mayor número son tan absolutamente secretos que jamás podrán serle accesibles.

5. Y al llegar á este lugar, precioso para el objeto de mi discurso, se me ocurren algunas observaciones, verdaderas y sólidos argumentos á favor de los misterios del Catolicismo, y por consiguiente del Misterio santo de la Eucaristía. *Primera:* Si hay tantos misterios en el orden natural, según acabamos de examinar, ¿no los habrá, no los deberá haber en el sobrenatural? Si en nosotros mismos, cuya naturaleza, por el contacto íntimo y constante que con ella tenemos pudiéramos más fácilmente conocer, y sin embargo hallamos arcanos tan hondos, ¿no los encontraremos fuera de nosotros, cuyos seres y objetos no nos son tan familiares? Y si hay secretos impenetrables fuera de nosotros, en

todas las manifestaciones de la creación, llamémosla física ó natural, creación accesible á la inteligencia humana, porque es finita, ¿no los habrá con doble razón en las manifestaciones de esa creación superior, alta y sobrenatural, creación más intrincada y por consiguiente menos accesible al humano entendimiento? Si el orden sobrenatural no puede negarse sin negarnos á nosotros mismos y á cuanto nos rodea, los misterios en ese orden son precisos absolutamente, por cuanto es absolutamente preciso que existan creaciones cuyo perfecto conocimiento esté reservado á solo Dios, su Autor; el carácter de estas sublimes creaciones, llamémoslas *misterios*, es infinito en razón de que para su comprensión es indispensable que la inteligencia que los haya de comprender sea también infinita. ¿Quién podrá conocer la Esencia divina, la Trinidad de Personas en la unidad de Esencia, la naturaleza íntima de la Encarnación del Hijo de Dios y los secretos asombrosos de la Eucaristía, sino el Infinito? Todo esto en cuanto á razones de orden natural; pues si deseamos valernos de razones de orden religioso, siendo éste asimismo absolutamente necesario, indispensable es también que ya que en la naturaleza se nos ofrecen misterios con objeto de estimular la inteligencia humana y reconocer nuestra pequeñez y la sabiduría divina, deban ofrecerse impenetrables arcanos en la esfera sobrenatural para estimular la inteligencia de la vida del espíritu, que es la fe, reconocer nuestra humildad y la grandeza y amor sumos del Altísimo.

Segunda: No el hombre profano, ni aun el erudito, sino la ciencia misma, á no ser que pretenda pasar por soberbia é inconsecuente, reconoce los misterios de la naturaleza; y al reconocerlos, los cree; y al creerlos, por más que no los comprenda, los admira y celebra. Si esto es así, ¿qué soberbia é inconsecuente no será la pretendida ciencia que no quiera reconocer y creer los Misterios de la Religión Católica, única verdadera, por más que no los comprenda? ¿Cuán fuera de tino no estará al negarse á admirar y celebrar nuestros arcanos, siendo así que son éstos *necesarios y re-*

velados y en partes visibles? Que sean necesarios ya lo hemos probado suficientemente; ahora nos incumbe examinar si son por ventura revelados y en parte visibles.

6. Existe, en efecto, una autoridad por esencia soberana é indiscutible. Esta autoridad es Dios. Dios que crea de la nada, porque es omnipotente; Dios que conserva sus obras, porque es eterno; Dios que gobierna sus creaciones, porque es sabio; Dios que ama sus producciones, porque es santo; Dios que no tiene límites en toda perfección, porque es infinitamente perfecto. Pues bien: este Ser Supremo, porque ha podido y tuvo voluntad de llevarlo á cabo, habló al mundo por medio de sus patriarcas y profetas; á él reveló algunos de los misterios sublimes del orden sobrenatural; y el Testamento viejo, irreprochable á los ojos de la historia, de la filosofía y de la crítica, es un documento que satisfactoriamente lo acredita. Mas también es la crítica, la filosofía y la historia las que se descubren reverentemente al Testamento Nuevo, el cual, en sus páginas de oro, nos asegura haber sido un hecho real y culminante la venida del Hijo de Dios al mundo para redimirlo, santificarlo y perfeccionarlo, quien acabó de anunciarle los demás hermosos misterios que el Cristianismo enseña. Luego es el Hijo de Dios la indiscutible autoridad que me afirma ser verdaderos los Misterios cristianos; y este Hijo de Dios, enviado al mundo por su Padre, Dios como su Padre, es la autoridad, por esencia soberana, que me garantiza la realidad inmensa de esos altos misterios. ¿No será, por consiguiente, una tremenda osadía y una locura incalificable pretender negar los arcanos católicos, sabiendo que es Dios quien los ha revelado? No será una imbecilidad suma poner en duda la autoridad divina? Luego nuestros misterios y por lo tanto, el de la santa Eucaristía, son razonables, no sólo porque son necesarios, sino porque se basan en la autoridad del Altísimo.

7. Pero el Misterio de la adorable Eucaristía es además en parte visible. Declaré anteriormente que en todos los órdenes de la naturaleza existen misterios, pero añado ahora

que estos misterios se revelan de alguna manera en sus efectos. Se revela el calor porque calienta, quema, abrasa y reduce á cenizas; la luz, porque es difusiva; el imán, porque, móvil sobre un eje vertical, dirígese de norte á sur; la electricidad, por sus potentes energías y asombrosos resultados; la sensibilidad del espíritu, por el gozo y el dolor, etc. etc.; y como estos hermosos arcanos, el bello Misterio de la Eucaristía se revela de alguna manera en sus efectos. Prescindamos por un momento de la autoridad de Dios; hagamos caso omiso, como lo haría, no el profano, que para saber necesita del apoyo de la autoridad, sino el hombre de ciencia que se vale para sus estudios del cálculo experimental, y observaremos que asimismo el Sacramento del Altar puede ser estudiado razonablemente. En sus efectos visibles se descubre tal cual es. Quizá porque os falta una buena dosis de fe no sintáis la presencia del Juez soberano cuando os halláis ante la Hostia consagrada; pero yo os invito á comulgar con las disposiciones debidas, disposiciones que constituyen el verdadero análisis del Misterio Eucarístico; y después que hayáis comulgado con esa preparación requerida, me responderéis que en efecto habéis sentido y experimentado en vuestra alma la presencia divina; que os habéis impuesto á vuestras mismas pasiones y á vuestras anteriores sugerencias, y que os sentís mejorados de conducta. ¿Qué significa la pureza proverbial de tantas vírgenes, el celo ardoroso de tantos confesores, la paciencia heroica de tantos mártires, la prudencia simpática de tantos prelados, la piedad y santidad de tantos justos? ¿Acaso no son todos éstos, inmediatos efectos de la Eucaristía? Para mayores pruebas de este aserto no quiero que apeléis á los centenares de milagros seculares obrados en testimonio de la realidad de este gran Misterio y consignados en toda clase de historias y de monumentos públicos; deseo, sí, que apeléis á vosotros mismos, á vuestra buena voluntad, para que ensayéis en vosotros del modo indicado esta hermosa realidad, y quedaréis convencidos de que la Eucaristía se descubre por sí misma.

Pero bien; demos por un momento que no se quiera dar asenso á la revelación, que no se quiera humillar la cabeza ante la evidencia demostrada por la experiencia; creéis por eso que el adorable Misterio de nuestros altares es menos evidente que los demás misterios del orden natural, y menos razonable que las restantes verdades humanas?

8. Yo no sé si os habréis fijado en que son muy pocos los sabios, y que la inmensa mayoría de los hombres, por no decir su casi totalidad, son profanos en los conocimientos humanos; que en consecuencia, para admirar, y, aun más, para creer los secretos de la ciencia se necesita que todos estos hombres ajenos á ella fíen en la palabra de un inteligente, el cual, demos de paso, puede equivocarse. Todavía más; el hombre que ha consumido su vida en las bibliotecas, en los gabinetes, ó en los museos, necesita dar firme asentimiento á los principios, á los teoremas ó á los corolarios, quizá para él indemostrados, pero indiscutibles, á fin de poder dar un paso en el camino del saber, so pena de negarlo todo ó quedarse en la más negra incertidumbre. He ahí por que hemos sido criados más para creer que para comprender, mal que pese á la actual sociedad descreída, que fantasea haber descubierto los arcanos de la ciencia y del arte. Sí; el hombre ha nacido más para creer que para comprender, porque lo primero está más conforme con su naturaleza que lo segundo.

En efecto: creer es asentir á lo que se dice porque así lo dice quien puede saberlo; comprender es abarcar la verdad en todas sus partes y circunstancias. Cuando creemos nos adherimos firmemente á la autoridad que nos habla la cual garantiza por sí misma la verdad propuesta; cuando comprendemos, haciendo abstracción de toda autoridad, nos afianzamos á las razones que descubrimos en el hecho que anhelamos saber; y vemos claramente, como en espejo, la altura, la profundidad, la latitud, lo interior, lo exterior, el peso, la forma, la medida etc. del objeto que hemos intentado examinar. Mas ahora pregunto, ¿cuál de los dos actos es más conforme con la naturaleza del hombre? El soberbio, el necio y